George W. Reid

Hacia una teología adventista de la adoración

Traducción:
Rolando Chuquimia
Ministerio Música y Adoración ©



De un modo que nos diferencia de otros cristianos, el punto de vista adventista del séptimo día sobre el conflicto cósmico entre el bien y el mal enfoca la atención sobre los primeros y los últimos acontecimientos de la tierra, así como también sobre la cruz. Entendemos que en todos esos momentos de la Historia Cristo se mantuvo obrando, primero como Creador, luego en la cruz y, por último, como el auténtico Soberano que retorna para asumir el control de su planeta.

Su rival, Satanás, comenzó el conflicto en el cielo con una demanda de lealtad que es debida legítimamente sólo a Dios (Apocalipsis 12:7-9). Su demanda de la adoración de los seres celestiales precipitó la guerra en el cielo. Expulsado a la tierra, continuó aquí sus esfuerzos, engañando primero a nuestros primeros padres e iniciando una serie de eventos en los cuales la mayoría de los seres humanos fue desviada hacia una falsa adoración.

En el encuentro entre Satanás y Cristo en el desierto, el diablo exigió a un Jesús debilitado que lo adorara (Mateo 4:9). En el punto culminante del conflicto cósmico está la cuestión de la adoración.

En el drama final, Juan el Revelador, ve a un remanente fiel de la humanidad bajo máxima presión para prestar lealtad al poder de la bestia, una coalición de todas las organizaciones apóstatas de la tierra, que manipulan a las autoridades civiles para obligarlos a actuar en conformidad. La crisis culmina con la aplicación de la marca de fidelidad a la bestia, teniendo la muerte como alternativa (Apocalipsis 13:15-17). En el momento de máxima desesperación, Dios interviene para salvar a sus fieles que "guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo" (Apocalipsis 12:17).

Es este amplio cuadro el que ilumina nuestro entendimiento y coloca la cuestión de la relación de Dios con la humanidad en perspectiva. En su centro está cuestión básica de la adoración: ¿A quién? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿Cómo? De los portales del Edén a los santos reunidos en la Santa Ciudad, la Biblia llama nuestra atención a la adoración.

Nuestro objetivo no es el de explorar las ideas de –literalmente– cientos de escritores académicos que abordaron este tema en publicaciones, aunque algunos de ellos hayan contribuido a nuestro entendimiento. Nuestro objetivo es una búsqueda agresiva continua, sondeando los fundamentos atemporales sobre los cuales podemos fundar tanto la fe como la práctica.

Hasta este punto, los adventistas no han indagado en el tema de la adoración de manera profunda, y se han conformado con adaptar conceptos y formas recibidos de otros cristianos, pues pensamos que nuestra principal tarea se encuentra en otras áreas –proclamar el mensaje del pronto regreso del Redentor en gloria y cómo nos preparamos para ese gran evento.

El primer gran libro sobre la adoración adventista fue la obra de Norval Pease *And Worship Him* [Y adoradlo] (1967). Su autor era profesor de la cátedra Iglesia y Ministerio en el Seminario Teológico de la Universidad de Andrews, y donde su libro contribuyó a orientar a los estudiantes, conjuntamente con su amplio ministerio a los miembros de habla inglesa de la iglesia. Más recientemente, C. Raymond Holmes, actual presidente del mismo departamento en el Seminario Teológico de la Universidad de Andrews, produjo *Sing a New Song* [Cantad un cántico nuevo] (1984), un debate más profundo sobre la adoración y su fundamento teológico. El trabajo del Dr. Holmes contribuyó significativamente para este artículo. El es considerado en la actualidad como la autoridad adventista más prominente en adoración.

Más recientemente aún, estamos presenciando un interés creciente entre los adventistas en relación a la adoración. Una edición entera de la revista *Ministry* [Ministerio] se dedicó al tema (octubre de 1991), y en 1992 y 1993 se realizaron conferencias regionales sobre la adoración en la parte occidental de Norteamérica, en parte como respuesta a las nuevas variaciones de adoración denominadas *Celebration*, introducidas en algunas iglesias, especialmente en esa área, las cuales han provocados polémicas.

Lo que aún resta por hacer es formular un sustento teológico de lo que la adoración significa para los adventistas. Este artículo pretende ser una contribución para esto, de manera preliminar.

¿Qué es adoración?

Extraemos nuestras definiciones de adoración tanto a partir de fuentes bíblicas, así como también de la experiencia humana. Aunque la antropología secularizada ofrezca descripciones genéricas, apuntando a elementos de similaridad entre todos los intentos de los seres humanos para alcanzar lo divino, hay diferencias significativas, especialmente entre la adoración cristiana y pagana. Algunos argumentan que una gran afinidad hacia cualquier idea u objeto constituye adoración. Así, el ateo puede adorar. Esta definición no se encuadra al uso del término en las Escrituras, por lo que no puede ser aplicada a un culto cristiano que sigue las normas bíblicas.

Debido a que se hace referencia a la adoración en las Escrituras bajo una amplia variedad de circunstancias, los esfuerzos para definirla exigen una serie de enunciados.

La mayor parte de los escritores cristianos reconoce la naturaleza teocéntrica del culto cristiano. De alguna manera nosotros, como criaturas, entramos en relación con nuestro Creador. Pensamos en la adoración en su plenitud como un culto dramático a Dios a causa de su excelsa dignidad. Y esta dignidad es la que aporta la norma y la inspiración para toda la vida humana. Dios está en el centro de todo, porque su naturaleza lo exige. No hay otras opciones. Tal como lo describe Frederik Schroeder, "la adoración, es el acto de darle a Dios la honra y la gloria que se le debe, en su máxima y mejor expresión, sin tener en cuenta ninguna satisfacción personal o beneficio proveniente del acto de adoración" (Schroeder, 1966, p. 32).

En la adoración, reconocemos la unicidad de Dios. La relación objetiva. Ya sea que adoremos o no, Él existe de manera inalterada en cada sentido. La adoración cristiana nos lleva a un examen de nosotros mismos, en función de su naturaleza y su conocimiento de nosotros. En tal adoración reconocemos a Dios como la Fuente de todo y siendo, por lo tanto, el propio iniciador del culto. Y extendemos la mano en respuesta a la iniciativa divina.

El resultado es un diálogo entre desiguales, relatado especialmente en el Antiguo Testamento, pero también en el Nuevo, en el cual Dios, como iniciador, conversa con los adoradores humanos. Así, Dios habla con Adán y Eva en el Edén (Génesis 3); con Noé (Génesis 6:13-21); con Abrahán, en Ur (Génesis 12); con Jacob (Génesis 32), y con muchos otros. Habla con Samuel en la Tienda de Reunión (1 Samuel 3); por medio de Gabriel con Zacarías, el sacerdote (Lucas 1:11-20); con María, la madre de Jesús (versículos 26-28); y el propio Cristo con Saulo el perseguidor, y con Ananías, en Damasco (Hechos 9).

Dios estableció una relación particularmente íntima a través de sus actos en el devenir de la Historia, pero –por encima de todo– su esfuerzo por alcanzar es coronado con el don de Jesús con el envío del Espíritu Santo.

En la adoración, expresamos una lealtad radical, por encima de todas las cosas o acciones. Es el acto de darse, de relación y de renovación. La adoración es el culto total, lo que lleva a la renovación interior y al reconocimiento de la presencia del Espíritu. Su fin es la vida eterna en la presencia del propio Dios.

Dios acepta una adoración que demuestre un compromiso radical con Él por encima de todas las demás cosas. Como único Creador, se le debe eso. Por esta razón, reducir la adoración a una simple ejecución de un ritual es negar su esencia fundamental, necesaria para que sea genuina.

Como cualquier cosa que se repita, la tendencia humana es reducirla al mecanicismo. Exactamente esa fue la clase de culto denunciada por los profetas, especialmente Isaías, Miqueas, Amós, Oseas; y por Jesús (Mateo 6:7).

Correctamente, reconocemos que Dios es diferente de nosotros e infinitamente superior, no obstante, por su elección, Él entra en comunión con nosotros de una manera íntima, indescriptible en palabras. En la interacción entre la adoración como un reconocimiento de su alteridad y nuestra sensación de su proximidad, disfrutamos de una rica plenitud que no está disponible sola en alguna de sus formas. A lo largo del tiempo, el mantener el equilibrio entre estos elementos se ha mostrado como un desafío. La Historia está repleta de extremos de ambos lados, lo que ha generado importantes conflictos entre los cristianos.

Otra dimensión teológica del culto se desdobla más claramente en los escritos paulinos, donde la adoración se identifica con la dedicación total. El culto al cual Pablo nos llama trasciende un acto formal insertado en nuestras actividades diarias; significa el compromiso de todo nuestro ser en la forma más plena de dedicación (Romanos 12:1; 1 Corintios 6:20; 1 Pedro 2:5). Decir esto amplía nuestra definición de adoración para pasar a abarcar toda la relación entre nosotros y Dios, ¿acaso la historia de Dios y del hombre no es concebida exactamente para explicar y verificar esa relación? Adoramos no solamente en la oración, en el canto, en determinados actos, sino en una vida totalmente comprometida con Dios, sin reservas.

Bajo este amplio paraguas de la adoración, presentamos ciertos elementos de la vida de Dios por medio de actos o eventos específicos, tales como la oración personal o pública, las ofrendas y otros medios. Pero, esencialmente, es a nosotros mismos que presentamos a Él como el máximo sacrificio que podemos hacer.

Siendo que el culto puede describirse como adoración a Dios, todo lo que hacemos se relaciona con Él. Esto significa que la adoración es dirigida por nuestro concepto acerca de cómo es Dios y cuáles son sus designios. Tanto el significado interno de la adoración como la forma en cómo ella se expresa están relacionados con la teología. Si Dios es concebido como un tirano, distante o indiferente; irritado o paternal, nos acercaremos a Él partiendo de

perspectivas diferentes. Por eso, es urgentemente importante para la adoración que desarrollemos una comprensión madura de Él.

Una serie de presupuestos teológicos fundamenta la manera en cómo concebimos la adoración correcta. Será útil revisar brevemente algunos de los más relevantes.

Uno de ellos trata con el concepto humano de la ubicación de Dios. El relato de Génesis presenta a Dios por encima del tiempo y del espacio, un Ser majestuoso, ante cuya orden la materia viene a la existencia. El salmista replica esta visión de Dios como la Majestad trascendente (Salmo 33 y otros).

Con el transcurso del tiempo esa visión exaltada se vio comprometida por el desarrollo del paganismo, en el cual las cosas materiales presentes en el ambiente fueron sacralizadas. El gran conflicto, en la creciente comprensión hebraica de Dios, se dio en relación a la desacralización de los objetos materiales y la transferencia del respeto que a ellos se les daba hacia Aquél que hizo las cosas materiales. No sólo los patriarcas tuvieron que luchar para comprender esta verdad, sino también tuvieron que aprender que sólo Él es Dios.

Tenemos muchas evidencias en los relatos patriarcales que los creyentes primitivos todavía relacionaban la adoración de Dios con determinados lugares. Piedras conmemorativas se erigían para marcar puntos de contacto inusuales con Dios. La Tienda de Reunión del santuario portátil construida durante el éxodo atenuó la idea del lugar, debido a su naturaleza. El establecimiento de una capital permanente como centro religioso de parte de David y Salomón reforzó la idea de lugar, pero a los hebreos les quedaba claro que la adoración podía darse también en otros lugares, como en sus casas. Un morada central para Dios servía a propósitos valiosos y estaba dentro del plan de Dios, aunque reforzó excesivamente la dependencia del lugar. Sin embargo, el concepto de lugar no debía opacar la majestad de Dios. En la ceremonia de dedicación del Templo, Salomón observa esto en su oración dedicatoria: "Sin embargo, ¿habitará ciertamente Dios en la tierra? Si los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener, ¡cuánto menos esta casa que yo edifiqué!" (1 Reyes 8:27). Isaías describe a Dios como "el Excelso y el Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es Santo" (Isaías 57:15).

Con la destrucción del Templo en el 586 a. C., y el exilio de los judíos en Babilonia, el culto se esparció hacia donde se encontraran los judíos. Aparentemente, la sinagoga se desarrolló bajo esas condiciones como vehículo de la adoración de los dispersos.

Aún con la restauración del templo de Jerusalén, las sinagogas se mantuvieron como lugares de culto además del templo: la sinagoga orientada al estudio de la Torá, el templo para los sacrificios. Jesús adoró en ambos lugares, pero en el diálogo con la mujer en Samaria, el hace notar: "Sin embargo, la hora viene, y ya ha llegado, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Estos adoradores son los que el Padre busca. Dios es Espíritu. Y los que lo adoran, deben adorarlo en espíritu y en verdad" (Juan 4:23, 24). Jesús destacó la verdad de que Dios no puede ser reducido a un lugar, sino que está fácilmente accesible a cualquier persona, dondequiera que esté.

De todas las cualidades que Dios ha revelado de sí mismo, posiblemente la más profunda sea su Santidad. Es verdad que la santidad conlleva un elemento de misterio, pero la idea de pureza está firmemente presente. En el código de santidad de Levítico 19, Dios se establece a sí mismo como modelo de santidad. La única razón dada para la moralidad es que ella refleje su carácter. "Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy Santo" (Levítico 19:2). La naturaleza santa de Dios es un postulado de gran importancia, lo que lleva al hombre a adorarlo. Nuestra imperfección se manifiesta en una constante violación de su naturaleza, haciendo necesaria una reconciliación, la cual fue concretada por Cristo en la cruz. Las barreras de violación han sido quebrantadas, abriendo camino a los fieles arrepentidos de carácter defectuoso a que entren en una comunión con Dios, quien es la Santidad absoluta.

En la justicia divina encontramos su característica de constancia invariable. Adoramos a un Dios que no sólo es confiable, sino que es fuerte en su juicio, defensa y retribución. El recibe nuestra adoración en base a que podemos tener una absoluta confianza en Él, cimentando así la cercanía que la adoración implica.

A lo largo de las Escrituras, el Señor se revela como el Dios de la misericordia y la compasión, digno de nuestra adoración. Dios es amor, lo que nunca puede ser entendido como favoritismo sentimental, sino en términos de un esfuerzo incisivo para hacer el bien para nosotros. Tanto en el Antiguo como el Nuevo Testamento, este tema se repite muchas veces; especialmente en hebreo con la expresión *chesed*, normalmente traducida como bondad. El Señor le asegura a su pueblo que Él está comprometido "para siempre" con ellos (Oseas 2:19). Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento Él es un Padre misericordioso. El salmista nos dice: "Como el padre se compadece de sus hijos, el Señor se compadece de los que lo reverencian" (Salmo 103:13). Al re-

velar su naturaleza compasiva, Dios nos invita a adorarlo en la seguridad de que Él nos acepta cuando nos presentamos para adorarlo con sinceridad.

Hay muchos otros principios teológicos subyacentes en la adoración de Dios. No sólo Él es el único Dios Viviente (Hebreos 9:14), su Señorío es personal, legítimo y pleno. El no gobierna como un *despotes*, sino como un *kurios*. Como creador del cielo y de la tierra, Él es –sólo por ese hecho– digno de nuestra adoración (Hechos 4:24; 17:22). El no sólo es el creador, sino el Sustentador de todas las cosas, el que está al control de todo (*pantkorkrator*, Apocalipsis 4:9).

Él es el mismo Dios tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento (Hechos 13:14-17); de hecho, el Dios de los hebreos es plenamente revelado en el Hijo (Efesios 1:3). El no sólo es el Dios cósmico de la creación, Él se acerca, y su presencia está con nosotros en todo tiempo (1 Corintios 14:25; Isaías 45:14). Además de ello, está preocupado con nuestra adoración, deseando que le adoremos de manera aceptable y agradable a Él (Hebreos 12:28; 13:16). Él es Aquél que lee nuestros corazones y entiende nuestras preocupaciones (Hechos 1:24; Romanos 8:27). A pesar de las grandes diferencias entre su Naturaleza y la nuestra, Él pide nuestra confianza y nos promete intimidad: “Acercaos a Dios, Él se acercará a vosotros” (Santiago 4:8). Por El merece alabanza y gloria por todas las cualidades que Dios ha revelado de sí mismo (Romanos 15:6; Hechos 2:46).

La suprema revelación de Dios la hallamos, en su Hijo Jesucristo. “El Hijo Único, que es Dios, que está en el seno del Padre, El lo dio a conocer” (Juan 1:18). “[El] es la imagen del Dios invisible” y “por Él fueron creadas todas las cosas” (Colosenses 1:15, 16). Como Él es el también el único medio de salvación (Hechos 4:12), Él es el objeto tanto de la alabanza como de la adoración a causa de su carácter y de nuestra gratitud por su redención. Por lo tanto, el culto cristiano es cristocéntrico. El Apocalipsis retrata un final para el reinado del pecado, en el cual cada criatura caerá en adoración ante Cristo, aclamándolo como el Soberano que está por encima de todo, adorándolo.

La adoración y la Trinidad

Aunque las Escrituras contengan pocas declaraciones directas acerca de Dios manifestado en tres Personas, es difícil comprender algunas descripciones bíblicas de las relaciones entre Padre, Hijo y Espíritu Santo sin reconocerlas como un hecho. En Juan 17 encontramos a Jesús, dirigiéndose a su Padre en el cielo, estableciendo claramente una distinción entre ellos. Ninguna forma

de modalismo es compatible con esto. En otra parte, vamos a encontrarlos hablando del Espíritu como una Entidad completamente separada. Esta distinción no está limitada únicamente a los escritos de Juan. El estudio de las Escrituras hace cada vez más claro que la adoración es apropiadamente dirigida a las tres Personas.

El debate académico continúa cuando Cristo vino a ser reconocido como divino por los primeros cristianos. La confesión de Pedro "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios Viviente" (Mateo 16:16) surgió durante la visita a Cesarea de Filipo, antes de la finalización del ministerio público de Cristo. Esteban, en su muerte, ora: "Señor Jesús, recibe mi espíritu" (Hechos 7:59), un reconocimiento obvio de la adecuación de la oración a Jesús. Los himnos a Cristo de Filipenses 2:6-11 y 1 Timoteo 3:16 le atribuyen claramente a Jesús la Divinidad. Las oraciones a Cristo son frecuentes en todo el Nuevo Testamento, incluyendo a *Maranatha*, la más antigua de las oraciones relatadas.

Plinio, el Joven (62-113 d. C.), aporta en una carta el más antiguo informe de procedencia no cristiana acerca del culto cristiano, en el cual él relata himnos cantados de manera antifonal, "a Cristo como un Dios" (Plinio a Trajano, carta 96). Ejemplos de oración al Espíritu Santo son menos comunes, pero no totalmente ausentes. El reconocimiento del Espíritu como divino aparece muchas veces en la expresión "Espíritu de Dios" (Romanos 8:9 y otros pasajes). El Espíritu Santo tiene un lugar destacado en el culto, siendo el único que nos transforma a semejanza de Cristo (2 Corintios 3:17, 18). A través de los dones del Espíritu, Él motiva gran parte del ministerio de la iglesia (1 Corintios 12 y 14). El Espíritu está activo en nuestras oraciones, haciéndolas aceptables a Dios por medio de la intercesión activa (Romanos 8:26, 27).

Basados en estos y otros numerosos ejemplos, sabemos que tres Personas son reconocidas como Divinidad en las Escrituras, por lo tanto, la adoración es apropiada para todas ellas. Aunque no podamos conocer la relación exacta existente las Personas divinas, sabemos que ellas funcionan en perfecta armonía y pueden ser pensadas como una Unidad, un solo Dios. La adoración es adecuada a todas ellas, y ellas se relacionan con nosotros como adoradores.

Lo divino y lo humano en la adoración

Aunque el estudio de las Escrituras presente la adoración como teocéntrica, hay también un componente humano involucrado. El reconocimiento de la dignidad de Dios produce una respuesta en el adorador, lo que es evidente en muchos pasajes de las Escrituras. El tema de la adoración es espe-

cialmente significativo en los Salmos –por ejemplo–, no obstante, ellos también expresan los niveles más profundos del involucramiento personal humano.

El debate de los dones espirituales en 1 Corintios resalta las actividades humanas en respuesta a la adoración a Dios. El capítulo 14, en particular, como un debate de las actividades en los cultos públicos de adoración, argumenta que sea lo que fuera que suceda, todo debe llevar al crecimiento espiritual de los adoradores. Si no es de edificación para los santos, debe quedar subordinado a un segundo plano, aún los dones del Espíritu.

Aunque la orden seas una exigencia para la adoración de los primeros cristianos (1 Corintios 14:40), hay un elemento de espontaneidad presente. Edward Schweizer afirma que es extraño al Nuevo Testamento dividir la comunidad de adoración en orador y oyentes (Schweizer, 1975, p. 295). Tal vez la cuestión gire en torno de hasta qué punto expresamos esta división. En otra parte, es bastante claro que la adoración pública posee un orador específico, y oyentes. Tal como afirma James Moffatt, la adoración no debe ser transformada en un grupo de debate (Moffatt, 1938, p. 23).

Las Escrituras describen la adoración en los niveles personal, comunitario, y nacional. Cada uno tiene su lugar apropiado. Sin embargo, con la desaparición de la teocracia, el lugar de culto nacional desaparece a partir de la era cristiana, aunque las autoridades civiles continuaran manteniendo una función legítima en la economía de Dios (Romanos 13:1-5).

Sobre esta base, la adoración es personal y colectiva. Aún en la adoración colectiva, continúa el elemento personal. Notamos –por ejemplo– que aunque los dones del Espíritu sean individuales, son distribuidos a través de la congregación con la intención de que todo el grupo de adoradores sea edificado. El sacerdocio de cada creyente es una enseñanza bíblica que queda sólidamente establecida (1 Pedro 2:1-10), con profundas implicancias hacia la manera en cómo se conduce el culto cristiano. Esta verdad, casi completamente perdida en la época medieval, fue recuperada por los reformadores del siglo XVI. Sus implicancias plenas fueron reconocidas por los reformistas más radicales, que anticiparon algunos elementos de la práctica adventista.

La tendencia del Iluminismo en dirección a la personalización se refleja hoy en la tendencia de la sociedad hacia el exceso de la personalización de la fe. La fe personal, expresada en la adoración personal, tiene un largo registro en la historia de la salvación, pero a través de la adoración colectiva, el individua se presenta para ser incorporado al cuerpo de Cristo. La adoración no lo-

gra llegar a su objetivo en el aislamiento intencional y continuado de los creyentes. La adoración cristiana es social, así como personal.

A pesar de que la adoración esté centrada en Dios, significa para el adorador muchos beneficios inmediatos. La adoración aporta comunión con Dios, así como con los demás creyentes, atendiendo a una necesidad humana básica. Sustenta el valor personal y enfatiza la responsabilidad. Amplía las perspectivas hacia más allá del estricto interés personal. Nos recuerda nuestra naturaleza finita, pero abre la conexión con el Dios Infinito. Opera un ministerio purificador y redentor, pues cuando nos levantamos de adorar somos liberados de la culpa que hemos traído delante de Dios. Nos educa acerca de cómo es Dios. La verdadera adoración edifica. Aporta una comprensión de nuestro destino en términos cósmicos, especialmente cuando la adoración incorpora la comprensión de la Palabra de Dios. Integra los elementos sueltos de la vida en este mundo. La afinidad con el Santo Dios inspira integridad y obediencia a la voluntad divina. Nos motiva al servicio a Dios, un esfuerzo en alcanzar a otros caracterizado por la celosa actividad a favor de su causa.

Debido a una comprensión inadecuada de lo que la adoración ofrece al ser humano delante de Dios, muchos cristianos no logran obtener los beneficios de la adoración genuina. Esto lleva a un empobrecimiento trágico del alma y a una serie de falsos conceptos acerca de la adoración y del propio Dios.

¿Qué elementos son necesarios cuando una persona llega ante Dios? En primer lugar, debe llegar con fe (Hebreos 11:6 en adelante). La adoración brinda una unidad de corazón y mente, por lo tanto, Pablo enfatiza la importancia de la adoración con el entendimiento, tanto en la oración como en el estudio de la Palabra (1 Corintios 14:15). La adoración debe ser internalizada, espiritual. Adoramos en espíritu y en verdad, y eso se prolonga más allá del ritual externo. Nuestra adoración es "para el Señor" (Colosenses 3:23), extendiéndose más allá del espacio y del tiempo.

La adoración nos permite aproximarnos a Dios, quien es Inaccesible, excepto a través de Cristo (1 Timoteo 6:17; Hebreos 4:16; Santiago 4:8). Aunque se base en una relación personal, compartimos nuestra alabanza a Dios (Hechos 4:24; Efesios 5:19). La adoración es reverente, continua e inclusiva, no exclusiva (Santiago 2:1 y ss.)

Adoración católica y protestante

Hay diferencias significativas entre el culto practicado por los católicos, tanto ortodoxos como occidentales, y los protestantes. La práctica católica re-

salta la objetividad. La adoración es *ad gloriam Dei*. En lo que respecta a su eficacia, la presencia de personas es incidental. Apropiadamente llevada a cabo por personas debidamente investidas, tiene mérito en sí misma. Puede ser –y a menudo lo es– realizada en una lengua desconocida para los participantes.

En contrapartida, los protestantes reconocen también una cualidad subjetiva. El objetivo principal es el edificar al adorador, establecer una conexión entre el adorador y Dios. La prueba es la intangibilidad. Tal adoración lleva al auto análisis y a la búsqueda de la paz interior. También se presta a los tipos de abuso que la han caracterizado en los últimos 50 años.

Los esfuerzos de la Reforma para cambiar el culto público produjeron vigorosas confrontaciones. La liturgia siempre sigue a la teología; por lo tanto, la nueva comprensión de la salvación por la fe (que es personal), la redefinición de los sacramentos, especialmente de la misa, del conducto salvífico de la gracia a los memoriales del acto salvífico de Cristo, el sacerdocio de cada creyente, y la interpretación personal de las Escrituras, significaron que la adoración pública debía cambiar.

La resistencia popular a los cambios, una comprensión mínima de las cuestiones teológicas, y el hecho de que el cambio litúrgico fue implementado por autoridades civiles, todo conspiró para generar condiciones explosivas. En muchos casos, la unión entre Iglesia y Estado politizó la adoración, llevando a conflictos y –en algunos casos– a la guerra civil. En la medida en que la Iglesia y el Estado continuaron estrechando lazos, el problema permaneció. El secularismo en el mundo occidental ha disminuido el conflicto a medida que es un hecho que la gran mayoría de los ciudadanos está abandonando las iglesias.

En ningún otro punto la diferencia es más evidente entre la adoración católica y protestante de lo que es en la Cena del Señor. Los protestantes llevaron el servicio de nuevo a la adoración comunitaria, verdaderamente participativa, no sólo a los beneficiarios del pan y del vino. El altar medieval fue sustituido por la mesa. El líder de la alabanza ya no está actuando en nombre de los celebrantes, sino entre ellos. El sacerdotalismo y el sacramentalismo desaparecieron.

De todos los protestantes, los adventistas tienen comprensiones teológicas que exigen una Cena del Señor participativa. Nuestro objetivo es restaurar la práctica de los primeros cristianos, incluyendo el sábado y otros elementos de la fe apostólica, junto con el sacerdocio de cada creyente, lo que significa la participación de cada creyente. Nuestro reconocimiento de que un único Sumo Sacerdote –Jesucristo– sirve ahora en nuestro favor en el Santuario Celes-

tial, aniquila el sacerdotalismo terrenal. Cada creyente tiene acceso directo a Cristo, y a una intimidad con Dios que deja fuera de lugar a cualquier mediador terrenal. La adoración es directa, sin mediación. La teología determina la liturgia; para nosotros –por lo tanto– la Cena del Señor sólo puede ser abierta para todos los creyentes. El lavamiento de los pies ofrece lo máximo en adoración participativa, a un nivel perdido por aquellas iglesias que han dejado de hacerlo.

Los cultos de adoración corporativos

Aunque en última instancia la adoración sea personal –siendo un reconocimiento de los méritos infinitos de Dios– se expresa de manera corporativa. Dios no sólo tiene adoradores individuales, sino también un pueblo que lo adora, el cuerpo de Cristo, los creyentes reunidos. Este culto corporativo tiene un perfil elevado en tiempos, tanto del Antiguo, como del Nuevo Testamento.

Por consiguiente, para los adventistas, la adoración corporativa, tanto en concepto como en la práctica, acepta y sigue las normas bíblicas. El Nuevo Testamento, en especial, sirve como guía.

Pero la iglesia del Nuevo Testamento se apoyó fuertemente en la adoración judaica anterior. Estudiosos como Roland de Vaux y A. S. Herbert estudiaron profundamente la adoración hebraica, ayudándonos a ver cómo los primeros cristianos la adoptaron y adaptaron a partir de patrones previos.

De manera notable, el Antiguo Testamento nunca describe en detalles un único acto de adoración. Hay relatos parciales, particularmente de ocasiones especiales, tales como la dedicación del Templo de Salomón (2 Crónicas 5 al 7). Los reglamentos que rigen el sacrificio aparecen en Levítico 6 y 7.

Antes del exilio, la Biblia relata una disputa acerca de quién debe ser adorado: ¿Qué Dios o qué dioses? Igualmente de problemática fue la lucha contra el sincretismo, especialmente en el reino del norte.

Hace un siglo, Hermann Gunkel destruyó la idea predominante de que los salmos son una miscelánea de devocionales, demostrando que muchos servían a propósitos específicos. Como el más importante libro litúrgico del Antiguo Testamento, el Salterio merece atención. Lejos de imponer una estructura rígida, engloba una vasta gama de experiencias. Sus himnos sobre los eventos de la historia sagrada, los llamados a la adoración, la alabanza y los salmos reales hacen referencia a muchos elementos de la vida.

El lugar de la música en la adoración, conocido desde mucho antes, se expande en los salmos. Teológicamente, los salmos introducen, por primera vez, un tema escatológico en la adoración. Jehová no sólo es el Dios de las liberaciones pasadas, sino que Él también controla el futuro. Los salmos asumen un significado especial como el libro más citado por Jesús. Lo mismo sucede con los escritores del Nuevo Testamento.

Con la reorganización de Esdras luego del exilio, el centro de adoración se enfocó menos en el sacrificio y más en el estudio de las Escrituras, particularmente de la Torá. En este período, la sinagoga surgió, proporcionando una ocasión de adoración semanal localizada en cada comunidad, con su centro en la Torá. Este desarrollo contribuyó a combatir la excesiva formalidad, el ritualismo, y las tendencias sincréticas tan combatidas por los profetas anteriores al exilio.

Ninguna palabra hebrea es equivalente exactamente al nuestro término adoración, pero el concepto es transmitido por medio de descripciones de actividades. El sustantivo hebraico *cabad*, servir, conlleva también connotaciones de "adorar". Así, en el segundo mandamiento se nos pide que no reproduzcamos la semejanza de ninguna cosa de nuestro ambiente. ¿Para qué? Para la adoración. Dios nos prohíbe que nos postremos ante ellas o que les sirvamos, una obvia referencia a la adoración. La otra expresión, postrarse, se basa en el hebreo *shacah*, curvar, que con su derivado *histahawa*, postrarse, curvarse, inclinarse hacia abajo, aparece más de 170 veces en el Antiguo Testamento. El vocablo arameo paralelo *sgd* aparece 12 veces en Daniel. Los hebreos son expresamente advertidos en contra de prestar reverencia a otros dioses (Deuteronomio 5:9; Éxodo 23:24 y otros). El concepto fundamental es la humildad ante Alguien superior.

Jesús participó, tanto del formato de la adoración en el Templo como en el de la sinagoga. Fue dedicado en el Templo, iniciado allí a los 12 años de edad, y en su ministerio en Judea frecuentemente enseñaba en el recinto del Templo. Generalmente participaba de las fiestas judías. Sin embargo, lo encontramos adorando en los sábados en las sinagogas, "conforme a su costumbre" (Lucas 4:16).

Los primeros cristianos continuaron adorando en el ambiente judaico, y eran considerados una secta del judaísmo, la secta de los Nazarenos (Hechos 24:5). Después de la ascensión de Cristo, ellos continuaron en el Templo (Hechos 2:46; cf. Lucas 24:52, 53; Hechos 3:1), aunque con un agregado nítidamente cristiano: el partimiento del pan (Hechos 2:42, 46). Continuaron su

obra, entre los gentiles convertidos y los temerosos de Dios (Hechos 10:22; 13:16).

Con sus raíces en la adoración hebrea, los cristianos siguieron sus patrones básicos, con Jesús como el cumplimiento del sistema sacrificial del templo. De manera evidente, la sinagoga aportó el modelo que se fundió con la experiencia del Cenáculo. El culto de la sinagoga era realizado semanalmente, en sábado, consistiendo en la lectura de las Escrituras, predicación, oración y cánticos. A estos elementos se le añadió específicamente la Cena del Señor, un recordativo especial de la comunión con el Mesías.

Así como en el hebreo, el griego utilizado por los primeros cristianos no tenía un equivalente exacto para nuestra expresión "adoración". Varias palabras contribuyeron, siendo una de ellas *latreia* y sus derivados, todos asociados con la idea de servicio. Su forma *latreuo*, significa servir voluntariamente sin pensar en la recompensa (Filipenses 3:3). Es por la influencia de esas palabras que hoy hablamos de "servicio" de adoración.

Leitourgia, fuente de nuestra palabra liturgia, significaba en Atenas un culto o programa público representado por un ciudadano a sus expensas. Se nos informa que Cristo sirve como "ministro (*leitourgia*) en el santuario" en nuestro favor (Hebreos 8:2). Aquí sus connotaciones sacrificiales son claras, algo extraño en el Nuevo Testamento.

Un vocablo griego diferente, *proskuneo*, llega más cerca del significado de nuestra moderna "adoración". Literalmente significa "besar la mano" (de alguien superior a uno mismo), y transmite la idea de postrarse u homenaje doblando las rodillas. Es raro, excepto en los evangelios y en el Apocalipsis, y es el paralelo más cercano a la expresión hebrea *shacah*. Su uso en el Nuevo Testamento representa un acto público en respuesta a una motivación interior.

Como se ha observado con anterioridad, en el Nuevo Testamento el concepto de culto como servicio se expande para incluir la totalidad de la vida. Pablo exhorta a los romanos a que presenten el cuerpo "en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto espiritual" (Romanos 12:1). La adoración se vuelve más que una cuestión pública formal, sino un elemento integrante de cada acto o pensamiento. El cristiano presente su yo, incluyendo el cuerpo físico, como adoración. Aquí encontramos uno de los fundamentos teológicos importantes para una vida saludable, que es una parte importante del mensaje Adventista del Séptimo Día.

Si la adoración es un servicio presentado voluntariamente a Dios en señal de gratitud, es un servicio que distingue al discípulo. Entonces sirve a Dios, un tema bíblico recurrente. La respuesta de Jesús a la tentación de Satanás vino en forma de una cita de Deuteronomio 6:13: "Al Señor tu Dios adorarás, y sólo a Él servirás" (Lucas 4:8). Servir a Dios se convierte en adorarlo.

El culto en el Nuevo Testamento

El culto cristiano primitivo estaba constituido por seis elementos: Escrituras, predicación, oración, cánticos, Cena del Señor, y entrega de ofrendas (Hechos 2:42; 46; 20:7; 1 Corintios 16:1-3). Parece dudoso que tengamos informaciones suficientes para reconstruir un orden exacto del culto, aunque existan datos considerables. Es poco probable que un ciclo fijo de lecturas bíblicas fuera seguido en todas partes, aunque los patrones de la sinagoga aportasen uno, en caso de que se deseara. Sabemos que los escritos de los apóstoles se leían, así como las escrituras hebreas.

Los temas de las predicaciones se centraban en la salvación, especialmente basados en textos extraídos de las profecías del Antiguo Testamento, junto con extensos testimonios sobre Cristo. Parece que las oraciones eran libres y no formales, aunque los antiguos *Didajé* post-apostólicos relaten la repetición formal de la oración del Señor y la Doxología (*Didajé* 10.6, 8).

La expresión aramea "Abba, Padre", parece haber tenido un uso litúrgico (Gálatas 4:6; Romanos 8:15). Como se ha observado anteriormente, "*Maranatha*, ven Señor Jesús", cierra la primera carta a los corintios (1 Corintios 16:22) y aparece en griego como un imperativo en el cierre del Apocalipsis (Apocalipsis 22:20). La forma aramea aparece al fin de la Cena en la *Didajé* (*Didajé* 10.6).

Luego de su resurrección, la mayoría de las apariciones de Cristo ocurrieron en las comidas. Estas fueron ocasiones de intimidad y placer, no de sacrificio (Lucas 24:30, 41-43; Hechos 1:4). Jesús comió con los discípulos, literalmente "tomó la sal con ellos". Al juntarse con ellos en sus comidas, Jesús celebró la resurrección y su futuro, que anticipa el momento en el que comeremos juntos en el Reino. Pablo relaciona este evento con la Ultima Cena (1 Corintios 11:26). Los evangelios sinópticos hacen eco: "hasta que Él venga" observando siempre el elemento escatológico. Para los laodicenses arrepentidos, Jesús promete: "Entraré a su casa, y cenaré con él, y él conmigo" (Apocalipsis 3:20).

Los registros del Nuevo Testamento hablan de la música en la adoración: salmos, himnos y cánticos espirituales (1 Corintios 14:26; Colosenses 3:16; Efesios 5:19). Especialmente en Apocalipsis, la música aparece fuertemente en las cortes celestiales (Apocalipsis 5:9 12; 12:10-12; 19:1, 2; 19:6). El relato de los cristianos durante la adoración en la carta de Plinio el Joven (62-114 d. C), nos habla de cánticos antifonales "a Cristo como a un Dios", acompañada de otras prácticas inocentes, tales como el compromiso a vivir una vida buena de cumplidores de la ley (Plinio a Trajano, Carta 96).

La adoración cristiana primitiva incluía bendiciones y doxologías que parecen ser estereotipadas (Gálatas 6:18; Filipenses 4:23; 2 Corintios 13:13), y la utilización del "Amén" (1 Corintios 14:16).

La descripción más completa post-apostólica de un culto cristiano primitivo proviene del apologeta cristiano Justino quien, evidentemente, relata la adoración según era practicada en Roma (circa 150 d. C):

"En el día que tiene el nombre del sol, una reunión de todos los que viven en las ciudades o en el campo se lleva cabo en un punto común y las memorias de los apóstoles o los escritos de los profetas son leídos según lo permite el tiempo. Cuando el lector termina, el líder hace un discurso en el cual exhorta y pide que sigamos esas nobles enseñanzas y ejemplos. Entonces nos levantamos y elevamos nuestras oraciones al cielo. Y, como dije antes, una vez que terminamos la oración, el pan y el vino mezclado con agua se sirven y el líder también ora y da gracias, tan poderosamente como puede, y las personas participan diciendo "Amén", y entonces se distribuye a cada uno del alimento común y de las ofrendas que fueron traídas y también para aquellos que no están presentes, lo que es enviado por manos de los diáconos..." (Justino, Apología, capítulo 67).

Todos los informes del Nuevo Testamento, así como los de Plinio y Justino indican una forma de culto libre, aunque no había reticencia a la inclusión de ciertos componentes estereotipados. Esto es significativo hoy debido a que nuestro compromiso en seguir las normas del Nuevo Testamento es fundamental para el culto de adoración adventista. En todo el mundo, a través de cientos de grupos culturales, la adoración adventista se relaciona fielmente con el ejemplo bíblico, reconociendo que los relatos de la iglesia primitiva no imponían un orden fijo para el culto.

La historia de cómo se perdió la sencillez del cristianismo primitivo, vinculada a la evolución teológica que acabó en el episcopado monárquico y en el sacramentalismo, nos es familiar. Su producto final fue la forma de cris-

tianismo medieval, tanto del Oriente como del Occidente, en el cual la doctrina y la práctica se desviaron en gran manera de la fe y práctica originales.

La Cena del Señor continúa siendo importante en la actualidad, pero no eclipsa los demás componentes legítimos. Su nombre, eucaristía (del griego *eucharisteo*), alberga el significado de gratitud o alabanza. En vez de servir como un recordativo melancólico de la muerte de Cristo, incorpora también el gozo de la resurrección y su Reino venidero. Por lo tanto, la idea de gratitud o alabanza es completamente apropiada. La adoración inspirada por el Espíritu conduce a la glorificación y la alabanza de Cristo (Efesios 5:19, 20; Colosenses 3:16).

Por encima de todos los demás libros del Nuevo Testamento, la adoración asume una especial importancia en el Apocalipsis. Escenas del trono celestial aparecen especialmente en los capítulos 4 y 5. Reiteradamente, la narración describe coros de alabanza conforme Dios interviene para librar a su pueblo de grandes peligros.

Una crisis sobre la adoración precipitará el conflicto final de los siglos, registrado en los capítulos 12 y 13, donde el pueblo remante de Dios confronta la decisión sobre a quién adorará, que se verá en el sentido de la lealtad y obediencia finales. El tipo de adoración que está en juego es el compromiso de toda una vida, ahora en crisis y confrontada con la marca de la bestia. Los que son fieles a Cristo son milagrosamente librados por la intervención de Jesús.

Como adventistas, encontramos en los mensajes de los tres ángeles de Apocalipsis 14:6-12 nuestra comisión especial. Todo el mundo debe oír los mensajes, que comienzan con un llamado a la adoración a Dios como Creador, a la luz de la llegada de su Juicio. El llamado es por la razón original: Él es el Creador. El segundo advierte contra el compromiso con la religión apóstata, y el tercero es una solemne advertencia respecto de que las fuerzas del mal serán ahora destruidas. En medio del tumulto, Juan ve al fiel pueblo de Dios que, en contra de todas las presiones, continúan perseverando en Dios, teniendo “los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apocalipsis 14:12).

El Apocalipsis culmina la historia del pecado y de la redención con un poderoso clamor de alabanza a la triunfante venida de Jesús en gloria (Apocalipsis 19). Finalmente, es el Cristo Conquistador el que recibe toda la adoración y la alabanza.

La adoración en la actualidad

Muchas de las fuerzas que transformaron el culto cristiano primitivo en su expresión medieval continúan influenciándonos hoy. Si estuviéramos comprometidos con los tres principios básicos: 1) La adoración es teocéntrica, es un culto a Dios; 2) La adoración debe concordar con una teología correcta; y 3) La adoración debe tener como norma los patrones bíblicos; tendremos directivas confiables. Una equivocación en cualquiera de esos principios fundamentales introducirá serios problemas.

Un pensamiento superficial acerca del significado de la adoración nos deja vulnerables a una serie de dificultades que ahora están asolando a la iglesia en algunas partes del mundo. La adoración puede tener su centro en cualquiera de tres niveles: teológica, ética o estética. Aunque todos ellos tengan sus virtudes, es importante que la teología bíblica mantenga la primacía. Todas las religiones comparten características comunes de ética y estética, pero en la teología bíblica el cristianismo recibe su cualidad distintiva. Un enfoque excesivo en la ética conduce a un programa legalista do obras o a una orientación filosófica. Las semejanzas éticas del antiguo estoicismo con la fe cristiana amenazaron durante algún tiempo a la iglesia con una redefinición de su misión, lo que la habría destruido.

Muchas de las actividades contemporáneas que ocurren bajo el nombre de adoración, han reducido el carácter de la adoración cristiana a una búsqueda de la belleza. En el desarrollo de la apostasía de los siglos IV y V, en el mismo momento en el que la verdadera adoración estaba en decadencia, las iglesias se convirtieron en repositorios de magistrales obras artísticas de varias clases. Mezclado con rituales litúrgicos solemnes, la adoración perdió el carácter espontáneo que tenía en los tiempos apostólicos. Debemos tener cuidado para que ni la ética, ni la búsqueda de la belleza –ambos legítimos en su lugar– superen el acto teológico del ser humano en la presencia del Dios Infinito.

Mucho del cristianismo contemporáneo está actualmente violando por lo menos una de las tres directivas mencionadas anteriormente. El resultado es el debilitamiento de la iglesia y del testimonio cristiano y un intento de reconquistar el favor a través de innovaciones pragmáticas en el culto y en la doctrina.

Durante los años 1960 y 1970, muchas iglesias occidentales experimentaron lo que se denominó renovación litúrgica. Siguiendo las teorías actuales de las ciencias sociales, las relaciones públicas y el marketing, intentaron apli-

car los principios comunes a los negocios a la religión. El efecto fue importante en muchas iglesias protestantes, generando nuevos formatos en la adoración. El movimiento carismático barrió muchas iglesias occidentales, tanto católicas como protestantes. La renovación litúrgica influenció en el Concilio Vaticano II, con la introducción de ciertas nuevas prácticas en la Iglesia Católica Romana, las cuales continúan provocando controversias.

Mientras otras iglesias estaban experimentando esta conmoción, en la época hubo un efecto mínimo sobre las iglesias adventistas. Sin embargo, recientemente un nuevo abordaje ha influenciado algunas iglesias adventistas en varios continentes. Lo que distingue la forma adventista de renovación es que, por primera vez, la teoría social contemporánea aporta normas para el culto adventista. La manera más controvertida es un fenómeno llamado *Celebration* [Celebración], introducido en su forma más plena sólo en algunas iglesias, pero con elementos aislados utilizados más ampliamente.

Aunque sea inexacto describir el culto *Celebration* como carismático, hay algunas semejanzas. El formato se desarrolló en Norteamérica en determinadas iglesias designadas como evangélicas, en una acepción norteamericana de esta palabra. Los evangélicos defienden elementos de la teología conservadora, pero algunos de ellos cultivan un espíritu innovador, expresado en formato religioso. Los principios de gestión empresarial y de marketing se aplican para crear una organización de cultos de amplio espectro, concebida para apelar a muchos grupos sociales. El enfoque es pragmático, aplicando métodos desarrollados por psicólogos, economistas y aplicando modernas teorías de capacitación organizacional a fin de producir un resultado final. La religión es considerada un producto de mercado. Las iglesias *Celebration* fuera de los círculos adventistas pueden ser carismáticas o no.

El objetivo es atender a las necesidades de los participantes en lo que es llamado un ámbito gerenciado cristiano. Su espíritu es la contracultura y es vigorosamente individualista. Algunos elementos se asemejan a la cualidad espontánea del cristianismo primitivo, pero la celebración sigue las normas contemporáneas. En círculos adventistas, su objetivo declarado es atraer personas secularizadas desilusionadas con el culto tradicional aburrido, especialmente de aquellos que tienen orígenes adventistas, pero que ya no practican la fe. El tema teológico predominante es la aceptación. Los críticos argumentan que, para los adeptos al *Celebration*, la aceptación significa una visión inadecuada del pecado y de la conversión. Uno de los efectos del culto *Celebration* fue la de poner presión sobre la unidad de la iglesia.

En síntesis, cuatro clases básicas de adoración aparecen entre los cristianos: 1) Litúrgica, enfocada en torno a los sacramentos; 2) Semi-litúrgica, otorgando mayor atención a la palabra y a la música; 3) Adoración libre, en la que la predicación es el centro y las oraciones extemporáneas; y 4) Contemporánea, donde los abordajes experimentales en la adoración buscan atraer a la mentalidad moderna, rechazando esfuerzos serios para reproducir la práctica de los primeros cristianos.

¿Qué es, entonces, lo exclusivo en el culto adventista? En general, los adventistas comparten la perspectiva teológica de la Reforma, especialmente si los reformadores radicales son incluidos. Para nosotros, la adoración está profundamente centrada en Dios. Nuestros cultos corporativos deben ser ordenados, pero no hace falta ningún orden exacto. Las normas bíblicas son aceptadas como guías en la adoración.

A causa de la cualidad cristocéntrica de nuestra fe, el Evangelio es inseparable de la adoración, pues la adoración es la respuesta espontánea, no sólo de una sensación del carácter infinito de Dios, sino también de la gravedad de nuestra perdición y de lo que Él hizo para redimirnos.

La escatología adventista incluye en nuestra teología de adoración una conexión especial con los eventos actuales. Nuestro reconocimiento de los mensajes de los tres ángeles como nuestro foco principal y nuestra comprensión de que la crisis final se basa en una cuestión de adoración, en el sentido de lealtad final, ambas se combinan para colocar la adoración en una posición de vanguardia. Una teología de adoración firmemente adventista es posible y está en desarrollo, aunque todavía hay mucho para hacerse.

Referencias bibliográficas

Allmen, Jean Jacques; *Worship: Its Theology and Practice*. Oxford, 1965.

Brunner, Peter; *Worship in the Name of Jesus*, traducción de M. H. Bertram. St. Louis, 1968.

Cullmann, Oscar; *Early Christian Worship*. Philadelphia: Westminster, 1953.

Dobbins, Gaines S.; *The Church at Worship*. Nashville: Broadman, 1962.

Ellul, Jacques; *The Subversion of Christianity*, traducción por Geoffrey W Bromily. Grand Rapids: Eerdmans, 1986.

Holmes, C. Raymond; *Sing a New Song*. Berrien Springs, Michigan: Andrews University Press, 1983.

Hoon, Paul; *The Integrity of Worship*. Nashville: Abingdon, 1971.

Lake, Kirsopp & Jackson; *The Beginnings of Christianity*. London, 1920.

Martin, Ralph P.; *Worship in the Early Church*. Grand Rapids: Eerdmans, 1964.

Olsen, V. Norskov; *Myth and Truth About Church, Priesthood, and Ordination*. Riverside, California: Loma Linda University Press, 1990.

Paquier, Richard.; *Dynamics of Worship*. Philadelphia: Fortress, 1967.

Pease, Norval F.; *And Worship Him*. Nashville: Southern Publishing Association, 1967.

Schroeder, Frederick W.; *Worship in the Reformed Tradition*. Philadelphia: United Church Press, 1966.

Segler, Franklin M.; *Christian Worship*. Nashville: Broadman, 1967.



Dr. George W. Reid

Traducción:
Rolando D. Chuquimia
Música y Adoración ©

